

LA ESPIRITUALIDAD DEL RETORNO

P. FARNES

A partir del día 15 de junio (domingo XI del Tiempo ordinario) y hasta el inicio del próximo Adviento, leeremos este año en el Oficio de lectura (ciclo bienal) la narración de los acontecimientos de la última etapa de la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, historia que concluirá en el próximo noviembre con la presentación de la luchas de los Macabeos en pro de la identidad religiosa de Israel. Este largo período de lectura con fondo temático unitario caracterizará este año las semanas del tiempo ordinario y está llamada a dar un tono muy propio a la espiritualidad, por lo menos de los que habitualmente rezan el Oficio de lectura. Reflexionemos, pues, en el significado espiritual de estas lecturas que van a prolongarse durante tantas semanas.

Una primera nota que cabría subrayar es que este período de la restauración de después del exilio resulta especialmente importante, entre otras razones, porque, fraguados durante el destierro, la casi totalidad de los libros del Antiguo Testamento en su redacción definitiva —entre ellos la mayor parte de los salmos que forman hoy la parte más habitual de la oración litúrgica— el pueblo de Dios adquiere una manera de vivir mucho más “espiritualizada” que en tiempos de la conquista de la tierra santa y de la construcción del templo de Salomón. A través, pues, de las páginas de esta historia, el Espíritu de Dios invitará hoy a su pueblo a vivir de una manera más “espiritual” la felicidad y la libertad que al principio Dios revelara principalmente a través de unas imágenes más materiales de la posesión de una tierra y de la organización de un reino.

1. El anuncio de la liberación

La lectura litúrgica de este período se inicia con un significativo texto del llamado “Segundo Isaías”. Esta lectura da como el tono espiritual a todo el conjunto de perícopas que luego seguirán. El “Segundo Isaías”, conocido ya a través del Leccionario de Adviento y Epifanía pero allí como figura profética de la restauración realizada por el Nacimiento de Cristo, aquí se nos ofrece para que lo contemplemos en su significación propia, es decir, como introducción y ambientación del período de la restauración, o mejor dicho, del nacimiento de una nueva modalidad de vida a la que Dios llama a su pueblo. Del “Segundo Isaías” se toman en este Leccionario dos lecturas que encuadran las perícopas históricas y proféticas que luego seguirán: la primera, la del domingo XI, presenta al libertador Ciro como instrumento de Dios; la segunda, la del sábado XIII, viene a constituir como un colofón o resumen parenético de lo que deben ser las actitudes de quienes, a semejanza de los que restauraron la vida religiosa de Israel, estamos llamados a reconstruir en cada época el verdadero rostro espiritual del pueblo de Dios.

Cuando el “Segundo Isaías” empieza su ministerio, la situación de los deportados ha cambiado mucho en relación con lo que habían sido los primeros llegados a Babilonia: de esclavos, como habían llegado al destierro, ahora muchos de ellos se han convertido ya en comerciantes y propietarios. Han seguido realmente el consejo que les diera Jeremías: “Construid casas, cultivad vuestros campos, plantad viñas, contraed matrimonio, engendrad hijos” (29,5). En realidad el país de los Caldeos se había convertido para muchos de ellos en una verdadera patria que, por lo menos desde un punto de vista material, les resultaba posiblemente más envidiable que la Jerusalén de sus padres. Los hijos de los antiguos deportados habían logrado ciertamente “encarnarse” en su nuevo ambiente; pero esta “encarnación” estaba comprometiendo su vocación de pueblo elegido en vistas a ejercer un sacerdocio en bien de las naciones a las que habían sido providencialmente enviados. Era, pues, necesario un retorno a la tierra de sus padres; y con el retorno convenía que resonara también de nuevo voces proféticas que llamaran a una nueva conversión. En efecto, si antes del destierro surgieron profetas para fustigar a quienes habían olvidado que Dios no se complacía en un culto vacío, sin amor y sin misericordia, y que era necesario que los sacrificios fueran acompañados de obras de servicio hacia los menesterosos, ahora era necesaria una nueva “denuncia profética” que recordara la necesidad del culto, la urgencia de edificar el templo para Dios. Si antaño “no estaba de moda” unir el servicio de los pobres al culto esplendoroso del templo y por ello los profetas recordaban esta realidad olvidada, hoy entre los habitantes tranquilos y prósperos de Babilonia lo que no estaba de moda ya no era la falta de misericordia ante los menesterosos, sino más bien la trascendencia, el culto, el elevar el corazón hacia los bienes que no se ven. Y esto es lo que recuerdan los escritos que se dirigen a los desterrados.

Escuchar este mensaje resultará sin duda también hoy oportuno ante nosotros que vivimos en un mundo secularizado. Una “denuncia profética” de este matiz nos invitará a una conversión de la que estamos muy necesitados. A nosotros, en efecto, como a los israelitas “encarnados” en el ambiente próspero de Babilonia, nos acecha también el peligro y el riesgo de asumir de tal forma las realidades terrenas que posiblemente olvidemos nuestra verdadera identidad cristiana. Esta identidad exige que, junto al amor al prójimo —incluso por encima de él, pues el “primer” mandamiento de la Ley es el amor a Dios y el amor al prójimo ocupa sólo el “segundo” lugar— pongamos el amor a Dios y el culto divino que lo manifiesta. Estas lecturas van a insistir ante nosotros que vivimos en un ambiente que prescinde casi sistemáticamente de Dios, que no podemos olvidar, como olvidaron los israelitas de Babilonia, que un culto asiduo y puro forma parte del mismo ser cristiano como signo de la adhesión y del amor a Dios.

En medio de la prosperidad material de Babilonia un “pequeño resto” permaneció espiritualmente unido a la tierra de los padres, fiel a las tradiciones de Israel y adherido a la verdadera fe de los antepasados; este “pequeño resto” seguía añorando la Jerusalén de sus orígenes y su plegaria repetía una y otra vez: “Si me olvido de ti, Jerusalén, que se me paralice la mano derecha; que se me pegue la lengua al paladar si no pongo a Jerusalén en la cumbre de mis alegrías” (Salmo 136). Sin templo, sin sacerdotes, sin culto, estos creyentes supieron vivir sólo de la esperanza. Y es a ellos a quienes literalmente se dirigen las páginas que nosotros escucharemos en estos días.

Dios, al inspirar estas páginas para que formaran parte de la Escritura santa, quiso alentar, a través de aquella situación concreta, a todos los que, en el curso de la historia, estaríamos sujetos a las varias tentaciones de seducción de los bienes visibles, a que tendiéramos a aquellos bienes que no se ven con los ojos. Llamados, pues, a vivir de la esperanza de un Reino que supera todas las Babilonias humanamente más prósperas, estas páginas, escuchadas con fe, están destinadas a dar su verdadero rostro a nuestra vida cristiana. Con esta fe debemos, pues, escuchar las lecturas de este tiempo de la restauración.

2. Los constructores de la nueva Jerusalén

Los desterrados que vuelven a Jerusalén retornan con un corazón festivo. Una convicción les acompaña: la de que su fidelidad al Dios de la alianza que en otros tiempos salvara a sus padres de la esclavitud de Egipto ahora les estaba salvando de nuevo también a ellos. Ante sus ojos el retorno aparece, pues, como un nuevo éxodo, como el camino hacia una nueva libertad, hacia aquella libertad siempre renovada, siempre más plena y más espiritual, a la que el Espíritu no deja nunca de convocar a quienes en la oración escuchan con fe su Palabra.

Dos hombres aparecen en estas páginas con un papel preponderante: Zorobabel, príncipe de la dinastía de David, y Josué, sumo sacerdote del Altísimo. (El hecho de que históricamente más que Zorobabel el héroe del retorno fuera, como demuestran los historiadores, Sesbasar, su antecesor, no modifica en absoluto el significado de estos relatos que escuchamos sobre todo por su significado de “historia santa”). Al proclamar, pues, las gestas de Josué, fácilmente se nos evocará la figura de aquel otro Josué que introdujo a los israelitas en Canaán, y sobre todo al Josué definitivo (“Josué” es el mismo nombre que “Jesús”, palabra que significa “Dios-Salvador”) que introducirá a la humanidad entera en la tierra de la libertad definitiva, en la Jerusalén del cielo. Así está de unificado y compenetrado todo el conjunto de la historia de salvación. Nuestro Josué definitivo, por otra parte, encarnará en su persona a los dos Jefes de esta historia: como nuestro Josué, él será el sumo y definitivo sumo sacerdote del Altísimo y, como Zorobabel, príncipe de la casa de David, él será quien ocupará definitivamente el trono de la casa de Israel. La hazaña que escuchamos es, pues, toda ella como una figura profética en la que el pueblo cristiano está llamado a contemplar la liberación y la restauración definitiva del verdadero Israel de Dios.

3. Reconstruir el templo

Es fácil imaginar la emoción que invadiría a los deportados de ayer al contemplar cómo las nubes de humo de los sacrificios se elevaban de nuevo al cielo desde aquel mismo lugar donde los antepasados habían levantado el magnífico templo de Salomón. Pero no se trataba de reconstruir únicamente un nuevo altar. Los repatriados sabían muy bien que lo que se debía renovar era principalmente la Alianza. Durante los largos años del destierro habían tenido tiempo de hacer la dolorosa experiencia de que no había ni salvación ni felicidad posible para el pueblo si éstas no se fundaban en una fidelidad total al Señor. Era, pues, necesario renovar la Alianza y realizarla en la propia vida. Pero para vivir esta Alianza se hacían indispensables unos signos externos con los que la Alianza se hiciera presente y operante: en este sentido la reconstrucción del templo se vislumbraba como el signo primordial del quehacer del retorno.

Para vivir la propia fidelidad a Dios, como prometemos solemnemente cada año en la noche santa de Pascua, resultan necesarios determinados signos que recuerden constantemente esta dedicación a Dios en Jesucristo: en este sentido tienen gran importancia el trabajo por construir la Iglesia, el ayudar a que sus estructuras aparezcan como signo visible de la presencia de Cristo entre nosotros, cuidar de la debida significatividad de los ritos litúrgicos, insistir ante los fieles —ante los alumnos de un colegio cristiano, por ejemplo— en que no es posible seguir a Jesucristo sin determinadas prácticas —sin la participación en la misa dominical, por ejemplo; el celo de los repatriados por la reconstrucción del templo, tal como lo describe las lecturas de estos días, nos lo puede recordar.

4. Las dificultades de la restauración

Apenas empezada la descripción del retorno —el martes de la semana XI (este año el 17 de junio)— la lectura bíblica nos hará vivir la afirmación del apóstol a Timoteo: “Todos los que quieren vivir religiosamente en Cristo Jesús serán perseguidos” (2 Tm 3,12). La primera dificultad la encontraron los repatriados en los habitantes que habían ocupado el territorio abandonado por los judíos en el momento del destierro, principalmente en los samaritanos. Cuando, en 721, el rey de Asiria venció al reino del Norte, deportó una parte de la población y la reemplazó por colonos traídos de otros lugares de su imperio (cfr. 2 R 17,24-41). Estos colonos conservaron sus costumbres, sus creencias, sus cultos; a sus prácticas religiosas se sumaron las creencias de los samaritanos. Hacía, pues, ya más de dos siglos que un gran sincretismo religioso reinaba entre los habitantes del territorio al que ahora llegaban los desterrados. Los samaritanos sobre todo que oraban al mismo Yahvé que los judíos podían tener razones para unirse a los que ahora llegaban. ¡Pero estos samaritanos junto a Yahvé veneraban también a otros dioses! A pesar de ello, proponen su ayuda para la reconstrucción del templo: “Vamos a ayudarnos porque también nosotros servimos a vuestro Dios”. Pero los recién llegados tienen demasiado presente las advertencias que les diera cuando se disponían al retorno el “Segundo Isaías” sobre la pureza necesaria para el culto que debía restaurarse: “Jerusalén, ciudad santa, no volverán a entrar en ti impuros” (Is 52,1). Zorobabel, pues, y Josué responden por ello con valentía: “No edificaremos juntos el templo de nuestro Dios”.

A primera vista tal actitud puede parecer estrechez de miras, espíritu poco abierto, sectarismo religioso. Pero la salvaguarda de la fe, la pureza del mensaje evangélico tienen también sus exigencias y no pueden consentir en que cualquier categoría buena o religiosa sea tenida ya como formando parte del mensaje revelado.

También hoy —quizá sobre todo hoy— la tentación de asimilar lo simplemente bueno con lo propiamente cristiano nos asecha por todas partes. Es cierto que todas las religiones buscan a Dios, pero también lo es que sólo Cristo y el evangelio que vive en su Iglesia son la plenitud de la verdad. Haríamos, pues, un mal servicio a los hombres si, llamados como estamos a anunciar el evangelio, confundiéramos éste con cualquier tipo de religiosidad o con cualquier clase de bondad. Dios tiene ciertamente muchos caminos para llegar al hombre y para acercar el hombre a sí, pero a nosotros se nos ha encomendado el anuncio del evangelio de Jesús, que es no sólo la verdad, sino la plenitud de la verdad y de la vida. Una atenta lectura de la Declaración *Nostra aetate* del Concilio Vaticano II sobre el valor de las religiones no cristianas podría iluminar el sentido de las luchas en pro de la pureza de la religión que nos propone Dios en estos relatos. Asimilar el evangelio a cualquier bondad humana en el

fondo es no comprender la trascendencia del evangelio. Decir, por ejemplo, ante determinadas acciones ejemplares “esto sí que es cristiano”, en lugar de afirmar: “esto sí que es bueno o ejemplar” es confundir la bondad humana con el “evangelio divino”. Que el celo de Josué y de Zorobabel, cristalizado por el Espíritu en estos relatos “para nuestro consuelo” (Rm 15,4) nos lo recuerde.

Pero, si los repatriados supieron rechazar la tentación del sincretismo religioso, sucumbieron, en cambio, ante la tentación del desánimo y ante las dificultades de la reconstrucción, fomentadas, por otra parte, por los samaritanos ofendidos. Demasiados obstáculos habían surgido para que el pueblo pudiera superarlos: intimidaciones, agresiones, denuncias, falta de armas y de dinero; todo ello sumado acaba finalmente con el primer entusiasmo del pueblo. Se suspendieron, pues, las obras del templo de Jerusalén y cada uno se dedicó a construir su propia vivienda.

Al escuchar estos relatos debemos pedir a Dios que las dificultades —muchas y difíciles sin duda también en nuestros días— no descorazonen el ánimo de quienes han sido llamados a reconstruir hoy el verdadero templo de Dios que es la Iglesia. Todos, sin duda alguna, hemos sabido con dolor el abandono de la propia vocación de no pocos que habían iniciado su camino con entusiasmo ejemplar. Y todos experimentamos en nosotros mismos algunas veces el abandono interior de los momentos difíciles. Que Dios nos envíe y envíe a su Iglesia profetas que la animen como envió a Ageo y Zacarías a los desterrados y que con el mensaje de estos mismos profetas reanime también hoy la esperanza de la Iglesia que en estos días escucha su mensaje.

5. El profeta Ageo

Pasaron meses, después años, y cada uno de los antiguos deportados se habían reinstalado ya, más o menos bien, en la antigua tierra de sus padres. Pero todos habían abandonado el proyecto de la reconstrucción del templo de Yahvé; nadie tenía la reacción de David que se reprochaba a sí mismo de vivir en su palacio, mientras el arca estaba colocada aún bajo una tienda de campaña. Incluso los mismos jefes, Josué y Zorobabel, tan llenos de celo al comienzo, habían renunciado al proyecto. A todos les parecía ahora suficiente el altar construido sobre el pavimento del antiguo templo que, de provisional, como se había proyectado, iba pasando en la práctica a ser definitivo. Ante este conformismo, en el año 520 “la Palabra del Señor vino, por medio del profeta Ageo, a Zorobabel y a Josué”. No fue ciertamente un mensaje de felicitación lo que anunció el profeta: “Este pueblo anda diciendo: no es tiempo de reconstruir el templo. ¿De modo que para vosotros sí es tiempo de vivir en casas artesonadas mientras el templo está en ruinas?” Josué, Zorobabel y el pueblo no cerraron sus oídos a la voz de Dios. Y el santuario empezó a levantarse. Este nuevo templo no tendrá ciertamente la riqueza del

templo anterior; pero ánimo Josué, ánimo Zorobabel, lo esencial no es la riqueza y el esplendor material: “La gloria de este segundo templo será mayor que la del primero: en este sitio daré la paz.”

El libro de Ageo es muy breve. En dos días el leccionario nos ofrecerá su texto íntegro. Pero en su brevedad este libro está lleno de esperanza mesiánica. Se nos habla de Zorobabel que, de hecho, es el último príncipe de la dinastía de David que aparece en la Biblia, el último “Mesías” en sentido material (“Mesías” significa “Ungido” y el “Ungido” era el rey); desde ahora el “Mesías” dejará lugar sólo a una esperanza futura; en su lugar, como representante de Dios aparecerá sólo la línea sacerdotal. Más tarde —en la época posterior al Nuevo Testamento— incluso el sacerdocio de Israel desaparecerá; las bendiciones, pues, anunciadas por Ageo se realizarán todas ellas sólo en Jesús, el verdadero Mesías (es decir, “Ungido” o “Rey”) y el verdadero y único sacerdote.

6. El profeta Zacarías

En el mismo año que Ageo pronunciaba sus oráculos aparece también otro profeta: Zacarías. Su estilo es muy distinto al de Ageo: aunque también hable de la necesidad de reconstruir el templo, sus palabras, con todo, van más allá del templo material. Los acentos de Zacarías se asemejan a los de Isaías. La reconstrucción del templo es ciertamente necesaria. “Siento gran celo por Jerusalén, me vuelvo con misericordia hacia ella, en ella será reedificado mi templo” (lectura del viernes XI). Pero Zacarías tiene unos horizontes más amplios: nos habla de la cercanía de Dios a su pueblo, de la vocación universal de Jerusalén, de que la ciudad reconstruida será portadora de salvación para todas las naciones.

Como Ageo, Zacarías subraya el papel de Zorobabel, príncipe de la dinastía de David y constructor del templo. Pero junto a él cada vez toma más realce Josué, el sumo sacerdote. En una de sus grandes visiones nos presenta a los dos jefes (los dos olivos), Zorobabel y Josué, bendecidos y consagrados por Dios. Pero a partir de este momento la dinastía real irá perdiendo importancia y será el sacerdocio el único que recibirá el honor (este es el cuadro que encontramos en tiempos del Nuevo Testamento).

Cuatro nombres, pues, quedan estrechamente asociados en esta obra de restauración: por una parte Zorobabel y Josué; por otra Ageo y Zacarías. A través de ellos, en medio ciertamente de enormes dificultades —el reino de Dios sólo lo alcanzan los que se hacen violencia a sí mismos— por medio de estos hombres el plan de Dios se realiza: el templo se inaugura en 515 y, muy por encima del templo, Dios anuncia de nuevo, sobre todo por medio de los oráculos de Zacarías, que se ha compadecido de su pueblo.

7. La restauración prosigue

El relato de las vicisitudes del retorno, iniciado con la lectura de Esdras, continúa con la presencia de Nehemías; éste más que un profeta es un reformador; gracias a sus intervenciones, y a pesar de las dificultades, amenazas e infidelidades (ver la lectura del 2 de julio), la fe no llega nunca a apagarse totalmente en Israel. El sentido religioso de esta historia santa debe ser meditada y acogida con sentimientos de profunda religiosidad. Para quien desee hacer oración, escuchando a Dios, no le será difícil descubrir el sentido religioso de estas perícopas. A estas lecturas debería aplicarse lo que decía P. Tena al final del artículo publicado en esta misma revista el mes pasado (cfr. *Oración de las Horas*, n. 5, mayo 1986, p. 153): no se trata aquí de una simple información, no hay que buscar en estas páginas una respuesta o iluminación a un hecho de vida, ni unas narraciones edificantes; estas lecturas litúrgicas repiten simplemente algo que ya se sabe y se cree; se trata de oírlo de nuevo para descansar en ello, para encontrar en estas palabras el alimento para seguir creyendo.

Una iluminación de tipo informativo, que sitúe estas lecturas en su contexto como la que aquí hemos ofrecido, ayudará seguramente a comprender mejor el significado de las perícopas. Quizá con lo que aquí hemos dicho sea ya suficiente para seguir escuchando los relatos que seguirán después del 5 de julio, día en que la primera parte de la historia de la restauración finalizará. Es más: los mismos libros sapienciales (Proverbios y Job) que seguirán a partir del día 6 de julio, quedarán sin duda bastante clarificados, pues nacieron en el mismo contexto de la restauración que Esdras, Ageo, Zacarías y Nehemías. Con todo una pequeña introducción a la teología e historia de estos relatos servirá de ayuda preciosa a la oración. Con esta finalidad recomendamos, entre otras obras, el breve librito de ROBERT MICHAUD, *La literatura sapiencial*, Ed. Verbo Divino, Estella, Navarra, 1985.

8. A manera de conclusión

Quisiéramos terminar estas reflexiones con una anotación de carácter general sobre el significado de los escritos proféticos de estos días. Hoy con frecuencia se alude a la valentía de los profetas que denuncian con fuerza los defectos de la sociedad de su tiempo. Se admiran ciertamente estas “denuncias proféticas”. Pero quizá no siempre se tiene el suficiente equilibrio para valorar estas palabras proféticas. Muchos, a juzgar por lo que a veces se dice o se escribe, piensan que la “denuncia profética” consiste sólo en hacer patentes las injusticias sociales, en abogar por una justicia social que se quiere colocar, sea como sea, por encima del culto y de las prácticas religiosas. Y esta visión no es exacta.

La valentía del profeta estriba en que es capaz de decir al pueblo aquellas verdades que el pueblo tiene olvidadas, aquellas realidades que “no están de moda”. Cuando, por ejemplo, todo el mundo piensa y repite que ser agradable a Dios consiste en ofrecer sacrificios, en participar del culto... entonces el verdadero profeta denuncia esta actitud y defiende, contra el ambiente reinante, la importancia de la caridad y del amor que el ambiente tiene olvidado, que ni siquiera se habla de él. Este era el caso de la Jerusalén de antes del destierro; este era también el ambiente de la vida de muchos cristianos e incluso religiosos de hace algunos años. Por ello hablaron contra esta situación Isaías y Miqueas, Amós y Abdías. Pero cuando lo que no “está de moda”, cuando lo que se ha abandonado es el culto y las prácticas religiosas, cuando nadie habla de ellas ni les da importancia, entonces la “denuncia profética”, la valentía de los mensajeros de Dios, consiste en fustigar este abandono de la religiosidad y de sus prácticas: este es el mensaje, esta la “denuncia profética” que en estos días Ageo y Zacarías y en la semana XVIII Malaquías y Joel harán oír. Hoy, en realidad, estamos necesitados de ambas “denuncias”; aunque, a decir verdad, por más que ni amemos al prójimo ni tengamos gran aprecio del culto divino, en cuanto a hablar y a “estar de moda” hoy parece más urgente fustigar el olvido del culto que el menosprecio del servicio al prójimo.